

PRÓLOGO

Después de la gran guerra entre los hijos de El Origen, los Dioses se proclamaron vencedores y sometieron a la raza demoniaca, condenándola al exilio eterno; prometiendo a los humanos protegerlos y ayudarlos a cambio de sus oraciones y plegarias con las cuales se fortalecen.

Dos mil años han pasado desde aquellos hechos y los demonios a quienes creían extintos han despertado nuevamente, sembrando una vez más la semilla de la tentación en el Edén, donde muchos humanos sucumbirán ante sus propuestas.

Los Ancianos Blancos, quienes gobiernan el Edén en nombre de los Dioses, dirigen tres enormes ciudades donde se concentra la humanidad. La Ciudad del Norte, La Ciudad del Centro y la Ciudad del Sur.

La historia está situada en una época de paz que mezcla la tecnología avanzada en algunos campos con las tradiciones antiguas y métodos mágicos que civilizaciones pasadas les dejaron como legado.

Encerrado en la rutina de su vida tranquila y aburrida, el Anciano del Centro ignora lo que pasa en su propia ciudad, pues tiene la plena confianza en que la magia oscura no existe en ese mundo.

El juego eterno ha comenzado nuevamente y el destino ha llamado a sus mejores jugadores... Poder, magia, familias antiguas y un sinfín de situaciones complejas serán la clave de esta historia.

Aquel que no elige un lado, está fuera del juego y nadie existe si no es sobre el tablero...

CAPÍTULO 1



EL ORGULLOSO CAPITÁN

Como todas las mañanas, Alexander Rangel se había levantado de la cama a las cinco en punto. Un buen baño para despertar por completo, estar impecable como era su costumbre y luego dirigirse al comedor donde esperaría pacientemente al resto de sus compañeros.

El cuarto que hacía un par de años le habían asignado cuando lo convirtieron en capitán de la guardia del centro, estaba convenientemente cerca de la habitación del Anciano, el dirigente de aquella ciudad.

Siempre, al salir de su cuarto, miraba por un par de segundos aquella puerta de madera tallada que permanecía cerrada. Era su manera de verificar que todo estaba en orden.

Como siempre, había silencio. El soldado asignado a resguardar aquella puerta permanecía en calma, respetuoso e imperturbable como se les exigía a todos los que hacían guardia a la habitación del Anciano.

Como un gesto de respeto, saludó al soldado y este le contestó el saludo de manera oficial, aunque en su mirada se podía ver un atisbo de felicidad pues, bien se sabía, el capitán de la guardia no saludaba a cualquier persona.

Ya en el comedor, los sirvientes le llevaron su desayuno hasta donde él estaba sentado. Era un gesto que hacían solo por ser el capitán y que él agradecía bastante.

Pocos minutos después, sus compañeros fueron llegando hasta que su mesa se vio completa. Los siete miembros de la

guardia del centro estaban reunidos desayunando como todas las mañanas.

—Los veo en el patio de entrenamiento —dijo Alexander cuando terminó sus alimentos. Al ponerse de pie, el resto de sus compañeros hicieron lo mismo como un gesto de respeto—, que tengan un buen desayuno —les dijo antes de marcharse.

Recorrió casi todo el palacio para llegar al patio de entrenamiento. Los sirvientes lo saludaban al pasar junto a él, pero solo se limitaba a mirarlos y sonreírles. Como siempre, era el primero en llegar a entrenar así que se ejercitó un poco antes de que el patio se fuera llenando con todos los soldados, guerreros y guardianes que se iban uniendo conforme pasaban los minutos.

Su parte favorita del entrenamiento era el final. Una hora entera donde elegía a cinco guerreros para que lo atacaran simultáneamente. Les exigía que se esforzaran al máximo pues pensaba que solo así podrían servir de algo y ayudarlo a sacar su máximo potencial. Se tomaba unos minutos observando a sus prospectos antes de elegirlos y aunque siempre elegía a los más entusiastas y fuertes, nunca era suficiente para él.

—¿Qué pasa con ustedes? ¡De pie, soldados! —ordenó a los jóvenes de aquella mañana. Estaban exhaustos y derrotados.

—Lo siento, mi señor... estamos dando el máximo esfuerzo, pero usted es muy fuerte —se aventuró a decir uno de ellos cuando tuvo suficiente oxígeno para ponerse de pie y tomar su espada de entrenamiento.

—Si no se exigen más, nunca dejarán de ser simples soldados. Necesitamos gente fuerte y bien preparada —le explicó Alexander y levantó su báculo de entrenamiento para invitarlo a que lo atacara una vez más.

El joven soldado cargó contra el capitán. Los músculos de sus brazos le temblaban, pero aun así levantó su espada y la dejó caer con fuerza hacia Alexander; con un simple movimiento, el capitán bloqueó el ataque y luego lo lanzó por los aires usando su energía. Un resplandor azul iluminó por un instante el lugar. Estaba realmente harto de la poca capacidad que tenían sus oponentes aquel día.

—Capitán... es un simple soldado —le dijo su compañero que entrenaba cerca de él y había visto lo ocurrido. El uso de la energía se le había hecho demasiado castigo.

—¿Tú harías un mejor trabajo, Xanthus? —le cuestionó burlonamente a su compañero. Sabía que se iba enganchar con aquel comentario y deseaba tener un buen oponente antes de irse a las regaderas.

Habían entrado el mismo día a la hermandad de la guardia del centro. Para ambos era un orgullo estar a las órdenes del Anciano y durante años, habían competido hombro a hombro para subir de rango y ganarse el respeto de todos sus compañeros. Unos años antes, cuando el rango de capitán quedó vacante, ambos fueron los finalistas en el torneo que otorgaba la capitanía, sin embargo, Alexander salió victorioso y desde

entonces Xanthus había aceptado sus órdenes sin mayor problema, aunque de vez en cuando, disfrutaba desafiándolo en los entrenamientos pues era el único lugar donde podían competir.

Afuera, en servicio, Xanthus le otorgaba todo el respeto y lealtad que Alexander se merecía.

—Me gusta pensar que sí, capitán —contestó con su voz gruesa y desafiante, dando un paso hacia él con su báculo de entrenamiento en ambas manos.

Al ver el encuentro que se avecinaba, todos los soldados en el lugar y sus propios compañeros de la guardia detuvieron sus actividades y se apartaron para darles espacio suficiente. Dos de sus compañeros incluso apostaban en voz baja sobre el resultado de aquel encuentro amistoso.

Ambos se miraron de frente cuando el campo quedó vacío para ellos y luego chocaron los puños como era la costumbre. Con una pequeña sonrisa en sus rostros, lanzaron el primer golpe y sus báculos chocaron con fuerza creando una onda de aire que hacía sentir su poder a todos los presentes.

Sus armas de entrenamiento ascendían y descendían a velocidades impresionantes. Los choques de sus ataques seguían lanzando ráfagas de aire que levantaba un poco el polvo del lugar. De vez en cuando, golpes impactaban en sus cuerpos, causando impresiones de emoción entre los que miraban. Era el mejor encuentro de entrenamiento que se había visto en los últimos meses.